

VOL. I N° 12

MAYO 1954

El mundo de mañana



LAS CAVERNAS DE ACERO por ISAAC ASIMOV

Revista mensual de aventuras apasionantes en el mundo de la magia científica.

AÑO 1 – N.º 12

MAYO 1954

MÁS ALLÁ DE LA CIENCIA Y DE LA FANTASÍA

Revista mensual de aventuras apasionantes en el mundo de la magia científica

SUMARIO

NOVELA (Iª parte):

LAS CAVERNAS DE ACERO, por ISAAC ASIMOV

En el mundo del porvenir, el desarrollo de la técnica podrá en peligro la humanidad del hombre.

NOVELA CORTA:

LA NAVE FACTORÍA, por FRANZ BALTZER

Cazando uranio en el interespacio.

CUENTOS:

OFERTA Y DEMANDA, por LESTER DEL REY

De un alambrecito pende el destino de una raza.

VIDA ÚLTIMA, por ALBERT DE PINA y HENRY HASSE
La humillación de una raza incomprensible.

ARTÍCULOS CIENTÍFICOS:

LAS GALAXIAS, por JOSÉ F. WESTERKAMP
Continuación de LA CONQUISTA DEL ESPACIO

¿SE HEREDA LA INTELIGENCIA?, por IGINIO
ALEMANES

¿ES INTELIGENTE DEL BEBÉ DE LA FAMILIA?

NOVEDADES CÓSMICAS:

TIEMPOS MEJORES

QUISICOSAS ATÓMICAS

ESPACIOTEST

CONTESTANDO A LOS LECTORES

EDITORIAL

ILUSTRACIÓN DE LA PORTADA

Por EmsH

Ilustrando LAS CAVERNAS DE ACERO.

SUBSTITUTOS DEL PENSAMIENTO



POR más común que sea, el lugar común es uno de los fenómenos más interesantes de nuestra época. *Partir es morir un poco; no es el calor, sino la humedad; entenderlo todo es perdonarlo todo*, son tres manifestaciones típicas de lugares comunes. Pero ¿qué es un lugar común? No es un refrán (refrán es la forma fonética de una observación destilada de la experiencia, o bien una «píldora» de filosofía o de ética); tampoco es un idiotismo lingüístico o una expresión redundante. El lugar común es una expresión literaria que se ha vuelto de dominio público, es la democratización del pensamiento más elevado.

Partir es morir un poco: Para inventar un pensamiento así, se requiere una delicadeza de sentimientos que solo un escritor atormentado, decadente y romántico puede poseer. Y ahora, esta frase se escucha en las bocas de las

personas menos sentimentales, para las cuales partir es, simplemente, un aburrido y necesario trasladarse de un lugar a otro.

No es el calor sino la humedad debe haber sido, en el momento de su nacimiento, el resultado de profundas meditaciones y pruebas experimentales, o bien el de una repentina iluminación espiritual. Esta observación podría impresionar por la ingeniosa sagacidad con la cual explica satisfactoriamente la impresión de desagrado que, en ciertos días no excesivamente calurosos, acosa a los habitantes de Buenos Aires, si no tuviéramos que escucharla, pronunciaríamos tonos ya sea de resignación, ya sea de brillante descubrimiento, por personas de toda edad.

Entenderlo todo es perdonarlo todo es una máxima que reúne en sí lo mejor de la moral cristiana y de la psicología contemporánea, y es una norma fundamental de la vida social, expresada en forma sencilla pero altamente poética y casi conmovedora: pronunciando esta frase, ¿a quién no le da un poco de ganas de llorar?

CASI siempre el lugar común ataca a los hombres por su costado más desprevenido: por el lado del sentimiento; y penetra en ellos infestándolos como parásitos. El lugar común se instala insensiblemente en nuestro cerebro, se refleja en nuestras actividades, nos obliga a no pensar, porque, con suave fuerza, toma el lugar de los pensamientos. Anulado el pensamiento creador, disminuida la voluntad, el hombre, gracias al lugar común, se vuelve un mecanismo gregario, un elemento insignificante de la masa humana que la corriente invisible de la fatalidad y de la existencia lleva hacia un porvenir desconocido.

Hay que desconfiar del lugar común. No hay que creer a ojos cerrados lo que proviene de la tradición, lo que nos han dicho nuestros padres y nuestros abuelos y nuestros maestros. No hay que aceptar nada sin haberlo escrupulo-

samente ponderado. Claro que, llevando al extremo este principio, el ritmo de nuestro aprendizaje de las cosas más fáciles sería extremadamente lento, y que, en la práctica, tenemos que aceptar por buenas y bien demostradas una cantidad de cosas. Pero lo importante es que, por lo menos de vez en cuando, nuestro espíritu asuma la actitud crítica creadora, que es la única garantía contra el dejarse arrastrar por la corriente de lo convencional.

Esta lucha, cuya importancia entiende todo espíritu inteligente, es, claro está, el progreso mismo de la especie humana. Los hombres tienen que valerse de la sabiduría y de la experiencia acumulada por sus antepasados, pero no deben considerarla como un patrimonio bien invertido, que seguirá abonando ricos dividendos indefinidamente: la fuente de esta riqueza que es la civilización moderna debe ser objeto de continua revisión y crítica, y su íntima naturaleza debe ser evaluada y renovada por cada generación, mejor dicho, por cada uno de nosotros. La fantasía científica aporta a esa lucha su absoluta falta de prejuicios, y abre perspectivas fantásticas e infinitas a la mentalidad del hombre moderno, satisfaciendo en parte la inquieta sed de algunos y estimulando la adormecida imaginación de otros.

Espero sinceramente que esta última frase llegue a ser considerada un lugar común.



LA NAVE FACTORÍA

Por **FRANZ BALTZER**



Ilustrado por Olmos

Estrellarse en el infinito puede ser un buen negocio.

MALHUMORADO y soñoliento, terminé por ajustarme el uniforme frente al espejo de mi diminuto camarote. Con un suspiro, me acomodé la gorra azul con la visera dorada y me dirigí al puente de mando. Cuando llegué, el cabo maquinista Eduards saludó en la forma reglamentaria.

—¿Dónde está el teniente Stánley? —interrogué, echando un vistazo superficial a las lámparas de control y la cadena de manómetros e indicadores.

–Ya debe de estar por llegar; está haciendo la recorrida de rutina a los tubos –contestó el cabo Eduards.

Yo ya lo sabía; pero me exasperaba que Stánley dejara siempre las cosas para último momento. Seguro que se había pasado las cuatro horas de su guardia leyendo una novela policial, y ahora hacía una inspección negligente y apresurada, para poder entregarme la guardia y largarse.

Comprendo que el trabajo en la patrulla planetaria es muy aburrido; pero, justo por eso, hay que mantener el espíritu de disciplina. Si por una de esas raras coincidencias se hace contacto con esas naves contrabandistas, siempre hay pelea; y, ¡por Dios!, que son duros de pelar esos malditos. Coraje es lo que les sobra.

Pero mis meditaciones fueron interrumpidas por la llegada apresurada del teniente Stánley. Se cuadró en forma negligente, hizo su informe lacónico de siempre, «Sin novedad», y después se procedió al cambio de guardia en la forma presurosa de costumbre, que siempre exasperaba mis nervios.

Bien sabía yo que en su camarote ya lo esperaban el doctor, el ingeniero y el oficial astronómico para jugar una partida de póquer. La culpa era del capitán, en permitirles eso.

Ser el primer oficial de una nave patrullera, con semejantes oficiales, era una calamidad. Pero no pude profundizar mis razonamientos sobre la falta de disciplina en nuestra nave.

–Hay un contacto a proa, señor –gritó el suboficial encargado del radar.

Miré la pantalla repetidora, situada en mi puesto de controles, y en efecto, había un punto muy débil, casi al margen.

–Cabo Eduards, calentar los tubos –ordené, pensando que se trataría de otro más de esos desagradables aerolitos.

Nuestra posición era a casi nueve segundos luz de Saturno, y siempre esta zona está infectada de aerolitos que, por la cercanía del planeta, se mueven a terrible velocidad. Cuanto antes se los esquivan, tanto mejor.

Estaba yo observando con satisfacción la rapidez y precisión con que el cabo Eduards efectuaba las conexiones y soltaba los seguros, cuando escuché la voz tranquila del suboficial del radar:

–Señor, hay indicio de que el contacto realizado tiene aceleración propia.

En efecto, en la pantalla se veía que el punto se había movido con velocidad apreciable, pero en la dirección equivocada. Ningún aerolito se aleja de un planeta ¡a una distancia tan corta! No había otra nave patrullera o mercante cerca; por lo tanto, a lo mejor habíamos localizado a un contrabandista.

Conecté la intercomunicación y llamé al camarote del capitán.

–Señor, hay un contacto sospechoso a menos de trescientos mil kilómetros.

Me contestó con un gruñido soñoliento.

Sí, tenía el sueño pesado nuestro buen capitán. Pero, en momentos difíciles, era un buen jefe. En menos de dos minutos estuvo en el puente.

Y A para entonces, el punto se había acercado notablemente.

–Zafarrancho de combate –gritó el capitán, y yo oprimí el botón de la sirena de alarma, que dejó sentir su estruendo por toda la nave.

–Listas las máquinas –gritó el cabo Eduards.

–Máxima aceleración –dijo la voz, ahora tranquila, del capitán–. Timonel, 213 grados latitud, 95 grados longitud.

Y mientras el cabo Eduards abría la presión sobre todos los tubos, yo conecté el sincronizador de gravedad. Y lo hice justo a tiempo, para atajar la tremenda sacudida que, si no, nos hubiera aplastado a todos contra el techo.

Al zumbido profundo de los tubos de popa, se asoció de inmediato el silbar característico del sincronizador de gravedad y, de vez en cuando, el soplar de los tubos pequeños de los costados, reaccionando al control remoto del timón.

La nave estaba en marcha vertiginosa. ¡Al fin un poco de actividad, después de casi tres días de descanso!

Verifiqué cómo el indicador de aceleración trepó por su escala hasta los cinco kilómetros por segundo: la aceleración máxima. Claro que semejante derroche nos iba a dejar sin combustible dentro de muy pocos segundos; cuando más, tendríamos para acelerar por dos minutos, pero había que alcanzarlos.

Se portaba bien nuestra vieja P-38.

–Cortad aceleración. –Se oyó la voz del capitán, y yo largué un suspiro de alivio.

Por la intercomunicación iban llegando uno por uno los informes de los distintos puestos de combate:

–Cámara lanza cohetes proa, listo.

–Cámara lanza cohetes popa, listo.

–Hostigamiento electrónico, listo.

–Cargas de gravedad, listo.

–Grupo de abordaje, listo.

El capitán sonreía satisfecho. Nuestra patrullera ya no era la última palabra en avance técnico; pero, para la lucha contra esos contrabandistas de Saturno, era más que suficiente. Las naves de ellos eran casi siempre viejos cascajos, sobrantes de guerra, de la última contienda con Plutón hace más de treinta años. En menos de un cuarto de hora, estarían a merced de nuestra artillería. Una vez localizados, no tenían probabilidades de escapar.

Miré la pantalla de radar y noté con estupor que el objeto se acercaba mucho más rápido de lo esperado, y lo hacía en línea recta, sin intentar ninguna maniobra para esquivarnos. No podía ser que, a esta distancia, el radar de ellos no nos tuviera localizados también a nosotros.

—¡Santo cielo! —Se escuchó la voz del suboficial a cargo del radar—. ¡Van a más de mil kilómetros por segundo!

Y esa fue la última voz humana que escuché. Los acontecimientos se sucedieron con rapidez incontrolable. Una sacudida terrible me tiró sobre las chapas del piso. Oí el crujir del aluminio y los materiales plásticos, y un trueno profundo, espantoso, proveniente de los tubos de popa.

SENTÍ con agudo dolor en los oídos, cómo la presión del aire bajaba, indicando que el casco de la nave estaba dañado.

Automáticamente, casi por instinto, apreté el percutor de la cápsula salvavidas, colocada en forma de tubito cilíndrico, en el cinturón de mi uniforme.

Vi cómo el cabo Eduards, tirado al lado mío en el piso, hacía lo mismo.

De la pequeña cápsula empezó a salir el aire comprimido y, junto con él, arrastrada por la presión interna, la cáscara de material plásticoelástico, cubriéndolo todo como una burbuja enorme.

La burbuja de aire comprimido entonces se había inflado lo suficiente como para poder hundir en él mi cabeza y los hombros cuando, con un estampido infernal, explotaron los tubos de popa, convirtiendo en moléculas a toda nuestra gloriosa P-38.

Una terrible mezcla de chapas retorcidas, cuerpos humanos, fragmentos plásticos y gases, se expandió con rapidez en todas direcciones. Me sentí arrastrado con gran fuerza hacia el espacio.

Vi cómo un pedazo de escalera cortó en dos el cuerpo del cabo Eduards. Su burbuja salvavidas, sin dueño ya, flotó por un rato largo a mi costado, como un símbolo de la tragedia.

Estas cápsulas salvavidas eran el más moderno invento en nuestro equipo interplanetario y se debía principalmente a los progresos hechos en los materiales plásticos. Se había conseguido influenciar las moléculas del material en tal forma que siempre tendieran a colocarse en línea prefijada, haciendo fuerza en la dirección deseada. Como resultado, los objetos podían pasar al interior, pero no salir; porque la cáscara contrarrestaba cualquier presión hacia afuera, manteniéndose así el aire y la temperatura. Y gracias a este invento genial, yo ahora estaba con vida.

A pesar de la rapidez con que se había inflado la burbuja, mis piernas habían quedado expuestas al calor intenso de la explosión durante unos segundos, y de las rodillas para abajo, la piel estaba quemada.

Normalmente, el dolor me hubiera desmayado; pero el espectáculo que podía contemplar a través de la pared plástica era tan dantesco que me hizo olvidar en parte los horrores que estaba sufriendo.

En el centro explotaba el combustible atómico, en forma de una inmensa bola de fuego, color anaranjado amarillento. Y en todas direcciones se alejaban fragmentos de la nave, reflejando, como si fueran pequeños planetas, la luz de la explosión.

En gran parte el calor ya había fundido los materiales, convirtiéndolos en pelotas líquidas más o menos grandes. Otros pedazos todavía presentaban formas más concretas, o justo la perdían, fundiéndose, en el momento que yo las miraba. Cerca de mí, un pedazo de tablero, con sus relojes y manijas intactas, se hizo cada vez más grande por acción del calor y del vacío, hasta tomar un tamaño absurdo. Ya debía de haberse licuado, porque se podía ver a través del mis-

mo; y sin embargo mantenía aún su forma característica. De pronto, una pelota de aluminio fundido chocó con el table-ro, y el conjunto se desintegró formando una nube de gas.

Yo mismo y todo ese infierno de pedazos y cosas nos movíamos con rapidez explosiva, alejándonos del centro amarillo anaranjado. Con cada segundo que pasaba, el peli-gro de ser destrozado por una de las partículas disminuía, y poco a poco empecé a coordinar mis pensamientos.

Con o sin cápsula salvavidas, era un milagro que aún es-tuviera yo vivo, pero era la evidencia fundamental, sobre la que se basaban todos mis posteriores razonamientos.

Miré mi reloj pulsera y, con alegría, comprobé que toda-vía andaba. Desde la explosión solo habían transcurrido diez minutos, y ya el centro se hallaba tan lejos, que la enor-me bola de fuego tenía las dimensiones del Sol visto desde la Tierra.

No se podía negar que el combustible usado por nues-tras fuerzas armadas era de primera calidad, reflexioné con cinismo. La prueba de ello estaba a la vista.

Pasados los próximos diez minutos, ya solo quedaban nubes de gases, flotando en el espacio, expandiéndose ca-da vez más y haciéndose cada vez más tenues.

Dentro de un cuarto de hora no quedarían rastros de que había existido la nave patrullera P-38, desaparecida misteriosamente en el espacio, sin dejar huella alguna.

EL dolor de mis piernas chamuscadas se hacía cada vez más insoportable y me esforcé en concentrar la aten-ción en otra cosa.

Observé que, a medida que disminuía la luz de la explo-sión atómica, se notaba con mayor intensidad la del Sol, aunque aquí este parecía mucho más débil y pequeño que en la Tierra. Al otro costado se veía la esfera enorme de Saturno, colgada como una bola en el espacio, con sus ani-llos y tres de sus satélites a la vista.

Empecé a hacer un repaso mental de mis estudios de astronomía. Me divertía la idea de calcular cuánto tiempo tardaría mi cuerpo en estrellarse contra el satélite más próximo. Conocía mi masa y la de Saturno; sabía la velocidad, dirección y posición de la nave en el momento del desastre; también conocía la cantidad de combustible que había explotado, y podía deducir de ahí la aceleración adicional recibida. Pero me encontré con que no podía descubrir de ningún modo la dirección exacta con que yo había sido despedido de la nave; hecho, este, que me obligaba a resignarme con un resultado aproximativo.

Eso sí: el oxígeno y la reserva calorífica, contenidos en mi cápsula salvavidas, durarían 48 horas, y era seguro que el encontronazo ocurriría bastante más tarde. Por lo tanto, la cuestión se reducía simplemente a un problema científico. La distancia, sin embargo, que iba a recorrer en ese tiempo, eran más de diez millones de kilómetros. Cualquier cosa podía pasar en semejante viaje.

Sin embargo, por ahora no pasaba absolutamente nada.

Es decir, sí, algo estaba pasando; algo muy raro y extraño, que despertó mi curiosidad de avezado navegante planetario.

Miré mi reloj. Habían pasado cuarenta y cinco minutos desde la explosión, pero Saturno, con sus anillos y satélites, muy contra mis cálculos, se había achicado visiblemente..., no: enormemente.

Durante los catorce años que yo había servido en la Armada Interplanetaria, me había acostumbrado y familiarizado con los planetas a tal punto, que no me era difícil apreciar distancias a ojo. La rapidez con que se achicaba Saturno, sin embargo, estaba en contraste abierto con cualquier experiencia anterior.

Primero pensé que sería una ilusión óptica, motivada por la pared plástica que me rodeaba. Un examen más prolijo me convenció de que no había los menores síntomas de